NUM. 31. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs. MADRID 30 DE JULIO DE 1865. PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos. AÑO IX.

REVISTA DE LA SEMANA.

Para verdades el tiempo, dice un refran: pero yo voy creyendo que el *tiempo* tambien se ha hecho embustero.

¿Estamos en Madrid? ¿Estamos en el mes de julio? Hé aquí dos preguntas que podemos hacernos sin que nadie lo estrañe, y, lo que es mas, sin que nadie se atreva á responderlas de pronto.

¿Estamos en Madrid?—Verdaderamente esas calles, esos cafés, esos paseos, me parecen los que he visto siempre en la coronada villa; y sin embargo, su aspecto no es el mismo. Yo encuentro los cafés casi desiertos, las calles desanimadas, los paseos mudos y solitarios, como que soy dueño de atravesar por Recoletos y la Fuente Castellana sin verme espuesto á ser atropellado por aquella multitud de elegantes carruajes que se cruzaban con la celeridad del rayo, exhibiendo lo que la córte encierra de mas lindo, de mas peripuesto y de mas pintorreteado en materia de mujeres. Ando á caza de noticias que comunicar á mis lectores, y vuelvo desanimado á la redaccion, sin una mala anecdotilla que referir: *riñas de verduleras y pequeños escándalos* de plazuela que van á desenlazarse á la prevencion del distrito ó á la casa de socorro, y nada mas. ¿Es este Madrid?

Sí; pero Madrid en julio: uno de los tres meses llamados de *infierno*, en que emigran hácia las riberas de los mares todos los que tienen disponibles algunos miles de reales, y la mitad de los que no los tienen.

Y ¿es cierto que estamos en julio? El almanaque responde afirmativamente; pero el sol no sanciona esta afirmacion; y cierto remusguillo que se deja sentir por las noches se empeña en desmentirlo. Preguntad á las aguadoras del Prado y Recoletos, y os dirán con ese lenguaje enérgico que las es propio, que el agua de la fuente del Berro se las queda en los cacharros, y tienen que comerse ellas mismas los merengues por via de cena, á falta de dinero con que procurarse otro manjar mas suculento.

El tiempo se ha hecho embustero: las estaciones tienen sus sofismas como los hombres: solo que á éstos se les puede cerrar los oidos, al paso que para las primeras están siempre abiertos los poros del mísero mortal.

Madrid, pues, está medio desierto, y la poca gente que aun encierra en su seno, se está por las tardes y noches metidita en casa por no pillar la coqueluche; circunstancias ambas que trascienden á la revista de EL MUSEO UNIVERSAL.

Falto, pues, de nuevas en nuestra patria en que ocuparnos, porque las que me incumben están en vacaciones y las que ocurren me están vedadas, vuelvo naturalmente los ojos al estranjero, y... francamente, no quisiera verme obligado á escribir esta revista, y á consignar en ella otra anomalía mas dolorosa que el *frio del verano*. ¿Sabeis cuál es? La barbarie de la civilizacion.

En efecto: en medio de los adelantos del siglo, cuando las ciencias y las artes parece que *han llegado* á su apogeo; cuando el vapor y la electricidad han anulado casi las distancias, y han estrechado los lazos que unen á las naciones y á los hombres entre sí, hasta el punto de que no falta quien pretenda hacer de toda la humanidad una familia, y mancomunar sus intereses, y darla una lengua universal; en este siglo, decimos, se incurre en tales y tan lamentables aberraciones, que á no dudar, hablará de nosotros la historia en términos poco halagüeños, pues dirá que hemos perdido el juicio, *sino dice que hemos perdido el sentido moral.*

Hay una gran nacion que se llama Rusia, de la cual se dice que trabaja sin tregua desde los tiempos de Pedro el Grande, en asimilarse las naciones que con ella confinan, á la manera que el sol absorbe, segun parecer de algunos filósofos, los pequeños astros que dan vueltas en su derredor. Hace años se apoderó de Polonia, pueblo civilizado y católico, en mengua de la Europa, y especialmente de Francia, con quien estaba unida por estrechísimos vínculos. Desde entonces no ha cesado de oprimirla y vejarla y.... asesinarla, con el manifiesto propósito de estinguir por completo el espíritu de nacionalidad, y asegurarse la pacífica posesion del territorio. Todos saben que no há mucho se agotó el sufrimiento del pueblo esclavo, y tratando de sacudir el yugo, empuñó Polonia las armas. ¡La infeliz contaba con el auxilio de Europa!!!... Europa no la concedió mas que estériles *simpatías*, y el heróico esfuerzo de los polacos sirvió solamente para remachar sus hierros. Pero el autócrata opresor vió sofocado el levantamiento mas pronto de lo que convenia á sus pérfidas miras, y como no tuvo tiempo suficiente para consumar la obra de destruccion, se vale ahora de mañosos pretestos para continuarla, y suponiendo complots fraguados en pais estranjero, se ha inaugurado nueva persecucion contra la nobleza, mientras se hace una leva considerable entre la gente del pueblo.

Al *mismo tiempo*, se observan ahora tan repetidos incendios de poblaciones enteras, que no puede menos de atribuirse á un plan combinado para arruinar la nacion, y acabar con los monumentos que le recuerdan su orígen, y los templos, símbolo de su religion; y ese plan *á nadie puede ser provechoso* mas que á la Rusia.

¿Qué hace en tanto la Francia? Pues el jefe de ese imperio, ¿no se proclama á sí mismo el defensor de los pueblos oprimidos y el protector de las ideas generosas? ¿No desenvainó la espada contra esa misma Rusia, *para defender á los turcos, detentadores, al fin, de los* santos lugares, bárbaros ó semi-bárbaros, eternos enemigos del nombre cristiano, usurpadores del suelo que habitan? ¿Dónde está ahora la espada de la Francia? ¿Dónde su caridad en favor de los que sufren? ¿Dónde su amor á las ideas generosas? *Sospecho que todo eso* no se encuentra donde no hay provecho.

Al lado de este cuadro desconsolador, figura otro mas repugnante si cabe. Esa Union Americana tan encomiada, aunque poblada por hijos de europeos, parece animada por el *espíritu salvaje de los primitivos habitantes* del Nuevo Mundo.

Varios Estados se unen voluntariamente para formar un gran Estado, como si dijéramos una compañía ó so-

ciedad. Llega un dia en que algunos de sus socios quieren liquidar y separarse para formar sociedad aparte: pero en nombre de no sé qué derecho, se les niega el que les asiste, y se empeña la lucha mas colosal y sangrienta que se ha visto en el mundo en muchos años. Al fin los separatistas, agotadas sus fuerzas, se rinden por capitulacion: pero los vencedores, que al parecer no saben lo que es generosidad, se ensañan en los vencidos, los oprimen de diferentes modos, y se esfuerzan en encontrar motivos plausibles para derramar mas sangre.

Entre tanto impaciente, no el vulgo, sino las personas que pasan por civilizadas, tratan de empujar al gobierno en esa senda repugnante y dirigen esposiciones al presidente Johnson pidiéndole que sea ahorcado Mr. Davis, amenazando con la horca en caso contrario al mismo jefe de la república. Pero entre estas vergonzosas manifestaciones, merece singular mencion la de una jóven de Massachussetts, oprobio de su sexo, que con sus blancas manos ha hecho una cuerda (supongo que de seda) y la ha enviado al presidente para que la emplee en ahorcar á Jefferson Davis.

Pero ¿qué tiene de estraño que Rusia y los Estados Unidos se muestren como no pueden ménos de ser, si en otros paises que pasan por dechados de civilizacion andan las cosas como digan dueñas?

En esa Inglaterra donde desde que nacen las personas se les administra su racion de Biblia y donde se aparenta una religiosidad edificante, hay tal depravacion de costumbres que no es conocida en ningun otro pueblo del globo. Entre varios hechos citaré, no sin disgusto, que de un informe redactado por el doctor Lauketer para un tribunal de justicia, á propósito de un caso de infanticidio, resulta que asciende á doce mil el número de las madres-monstruos que han cometido tan horrible atentado.

Pero ¿no hay en Inglaterra leyes y tribunales? Parece que sí... es decir los hay, pero incompletos ó insuficientes; y solo así se esplica que segun los datos estadísticos últimamente publicados, se hayan cometido en el año pasado cincuenta y un mil cincuenta y ocho delitos en el Reino Unido, habiendo entendido los tribunales solamente en diez y ocho mil doscientos veinte y seis de ellos, quedando impunes por consiguiente treinta y dos mil ochocientos treinta y dos. Bonito número. En cuanto á los casos de embriaguez, en el año 63 hubo noventa y cuatro mil setecientos cuarenta y cinco; pero en el 64 fue ya otra cosa, pues se elevaron á cien mil sesenta y siete. Todo es progreso.

Verdaderamente esta revista ha tomado un sesgo poco divertido; y creo que mis lectores me agradecerán el que arroje la pluma que tan negros rasgos describe, dejándome en el tintero el resto de las malas noticias que tenia que darles.

Solo una cosa tiene de bueno lo que llevo escrito, si es que en el mal puede encontrarse bien, y es que á pesar de que segun dicen «marchamos á la cola de la civilizacion» y á pesar de que no estamos bien, todavía podemos dar gracias á Dios porque nos ha hecho nacer en España.

Por la revista y la parte no firmada de este número,

LEON GALINDO Y DE VERA.

SAN MARCOS DE LEON.

Al Oeste de Leon, terminado el arrabal de Renueva, en una estensa llanura de feraces prados y frondosas arboledas, álzase la suntuosa mole del convento é iglesia de San Marcos, principal y antigua residencia de la órden de Santiago en el reino de Leon. Grato murmullo, y espejo donde reflejar su hermosura le presta el rio Bernesga, que naciendo inmediato á la célebre colegiata de Arbas, viene once leguas bañando una dilatada vega, á estenderse con mansa corriente á los pies del secular edificio. Variado horizonte le ofrecen por el Norte cordilleras de nevadas montañas con blancas casitas sembradas en sus fértiles vertientes, y por el Sureste y Oeste estensos bosques y verdes campiñas. Deliciosa situacion alcanzó el histórico edificio cercano á la carretera de Galicia, de la cual forma parte, no lejos del convento, un magnífico y moderno puente sobre el citado rio.

Se asegura por algunos de los que han escrito acerca de esta antigua casa, que no se sabe á punto fijo cuándo se fundó el convento ni por quién (1); pero creemos han procedido con alguna ligereza al establecer proposicion tan absoluta, ya se atienda al orígen de la primitiva edificacion, ya á la fábrica actual.

En el sitio que ocupa el célebre convento existia de muy antiguo, dependiente del cabildo de Leon, un hospital con su iglesia, destinado á los peregrinos *por servicio de Dios y bien de las ánimas, y por muchos peligros que acaecian en aquel lugar á los romeros cuando iban ó venian de Santiago* (2). Que este hospital perteneció á dicha iglesia, y no al prior y canónigos de Lugo, como dicen los *establecimientos*, bien se convence al ver, que por las concesiones hechas por doña Cristina Laínez, la remunera el cabildo (1), á quien correspondia el piadoso asilo; y mas todavía al leer otra escritura de concordia celebrada el 11 de marzo de 1190, entre don Manrique, obispo de Leon, y su cabildo, y don Sancho, maestre de la milicia de Santiago, los freires de su órden y el prior y canónigos de San Marcos, acerca de la iglesia, casas y heredades pertenecientes al mismo convento: en ella terminantemente se dice, que el obispo y cabildo hacen donacion de las casas, hospital é iglesia y heredades concedidas primero á don Suero y su mujer, al espresado maestre don Sancho y sus freires (2).

Dueña por consiguiente la iglesia de Leon del referido hospital, cuando en el reinado de don Fernando II, formóse la órden de caballeros de la Espada, en breve de Santiago (3), consta por los mismos establecimientos, que deseando el obispo de Leon, don Juan Alfentino, proteger á la nueva milicia, cedió á don Suero Rodriguez, natural de aquel reino, y á su mujer doña María Perez, el hospital de San Marcos con su iglesia y heredades, para que se estableciese aquella ilustre religion; y que don Suero administró esta casa y sus posesiones hasta que se eligió prior, siendo el primero don Juan, segun el calendario antiguo de los caballeros, en 16 de abril del año 1176.—De consiguiente, si bien la primera fundacion del hospital se ignora, el orígen del convento está fuera de toda duda, lo mismo que la creacion de la fábrica, como veremos en breve. A poco de ello, en 1183, recibió el cuerpo del venerable fundador y primer maestre de la órden, don Pedro Fernandez, que despues *de innumerables peregrinaciones en beneficio del reino, de la fe y de su religiosa milicia, murió en Leon, y fue sepultado en la iglesia de San Marcos* (4).

El antiguo edificio, que debió tener gran estension y suntuosidad, á juzgar por la importancia de aquel convento, fue mandado destruir á causa de su ruinoso estado en 1514 por el católico monarca don Fernando, y encargado de la nueva fábrica el maestro mayor del convento de Alcántara, Pedro Larrea; sin embargo de lo cual, y de la renta de 300.000 maravedises al año que señaló aquel rey para las obras, por causas que no son de este lugar no se emprendieron hasta el glorioso reinado del emperador Cárlos I. Debieron empezarse los trabajos por los años de 1537, pues entre los adornos de la puerta principal y de la primera ventana que está junto á ella, se ven dos tarjetas en las que va señalada dicha fecha. El arte tambien al labrar este lienzo, que corre desde la portada del convento hasta la iglesia, quedó confirmando la inscripcion: así como otro año que se encuentra en una columna y una concha cercanas al balcon, declaran cuándo se concluyó la portada, y evocan el recuerdo de la bendicion del templo en 1541, que con toda estension se halla consignado en una leyenda puesta en el frente de la torre, la cual dice así: *Esta iglesia bendició el reverendo señor don Sebastian Ramirez de Fonleal, obispo de la santa iglesia de Leon, y presidente de la Chancillería de Valladolid, á 3 de junio del año de MDXLI.*—Pero ya porque los recursos con que la casa contaba no permitiesen continuar las obras, ya por otras razones de diversa índole, en 1566 Felipe II trasladó á los caballeros á la casa de la Calzada, en Estremadura, y posteriormente á Mérida, de cuya fortaleza les hizo merced, mandándoles edificar un convento, con lo que se suspendió la fábrica de San Marcos. Mas como al dirigirse el *prudente* rey á Portugal en 1580 viese la nueva casa empezada á levantar, y no fuera de su agrado, mandó se dejara sin concluir: cuatro años despues de su muerte, en 1620, volvieron los caballeros á San Marcos, y desde entonces, continuando el edificio, sino con asiduidad, con lenta constancia, construyóse en 1615 la escalera principal y las habitaciones situadas encima del refectorio; desde 1671 hasta 1679, siendo prior fray don García de San Pelayo, se terminó la fábrica del claustro; en 1711 el lienzo que da sobre el rio, y la torre angular que corresponde con la de la iglesia; y por último, en 1715 y 1718 todo el resto de la fábrica, procurando imitar el estilo de la empezada en el siglo XVI.

Aunque sin dato histórico en que apoyarse, la tradicion constante de Leon atribuye la traza y primeras obras de este edificio al célebre Juan de Badajoz, que en 1512 y 1513 estaba encargado de las de la Catedral, y cuyo nombre, como veremos al ir recorriendo el suntuoso convento, se lee en la sacristía de la iglesia. De los demas artistas se ha perdido la memoria, conservando solo sus mismas obras los de Orozco, escultor del pórtico del templo, y Doncel, de la silleria del coro.

Forma el convento un vastísimo cuadrilátero, con la iglesia al lado oriental, por lo cual es lo primero que se halla yendo al convento desde Leon. Pero la parte que hoy existe, créese, y no nos parece desconcertada conjetura, es solo una de las cuatro que habian de componer el gigantesco edificio. Dejando la iglesia en el centro, debia partir otro lienzo de fachada hácia el Este, y estendiéndose sobre la hospedería formar un conjunto con cuatro frentes iguales para las cuatro órdenes militares. La situacion del templo en un estremo, y muchas piedras labradas sin aplicacion á la actual obra, parecen confirmar esta conjetura, que á ser cierta y presentarse realizada, hubiera hecho de San Marcos de Leon una de las primeras construcciones del siglo XVI, así en su adorno como en la grandiosidad y magnificencia de sus partes.

La fachada actual, que empezando desde la portada de la iglesia se dilata á la izquierda hasta la orilla del rio, compónese en su larga estension de dos cuerpos, inferior y principal, con ventanas de medio punto el primero y platerescas pilastras, y el segundo con abalaustrados balcones, columnas y nichos adornados de repisas y pedrinas, pero sin estátuas que dejaron de colocarse al hacer la obra: terminando la decoracion un calado antepecho con candelabros. Pero lo que constituye la gran riqueza de esta uniforme fachada, es el lujo de su ornamentacion, en la que se encuentran cubiertas con labores propias del estilo á que pertenecen todos los miembros y partes arquitectónicas. Una línea de bien labrados medallones se estiende en toda su longitud sobre el basamento, en los que alternan los mitológicos dioses del paganismo con personajes de los sagrados libros, y los místicos héroes de la antigüedad con los históricos de todos los tiempos, y principalmente de nuestra patria (1).

Pero sin embargo de la uniformidad que en todas sus proporciones guarda esta fachada, examinándola con detencion bien se conoce que desde la portada, siguiendo hácia el Oeste, se edificó en épocas de fatal decadencia para el arte, en el siglo XVII. Los churrigurescos resabios, como dice el señor Cuadrado, despuntan al través de esfuerzos de imitacion muy meritorios para aquel tiempo, notándose sobre todo en la portada la amalgama del estilo plateresco con el borraco, dominando aquel en el arco semicircular y en las cuatro elevadas columnas del primer cuerpo, éste en el pesado balcon y monstruosa columnata del segundo. La misma tendencia sigue observándose en toda la portada, que sin embargo no descompone el magnífico conjunto de la obra, con su átrio de estraño basamento, y escudo de relieve, su aéreo frontispicio con calado roseton, y la alegórica estátua de la fama que lo corona, para marcar mas todavía el gusto dominante de la época.

Tras un ámplio portal se entra al estenso claustro, tambien de dos cuerpos, sostenidos por arcos de medio punto, prolongados los seis del inferior, y semicirculares los doce del superior, que respectivamente llevan en cada lado: los primeros se presentan reforzados en el patio con estribos: medallones (2) en las enjutas

(1) La esplicacion de estos medallones, que en número de 58 se estiende á lo largo de la fachada, es la siguiente, tomados de las inscripciones que los mismos llevan, y adoptando en la numeracion la direccion de Este á Oeste.

1.º Paris Troyano, padre.
2.º Paris Troyano, hijo.
3.º Heren es.
4.º Hector Troyano.
5.º Alejandro Magno.
6.º Julio César, primer emperador.
7.º La hermosa Judit.
8.º Isabel la Católica.
9.º Lucrecia, romana.
10. Aníbal.
11. Judas, el hebreo.
12. El rey profeta David.
13. Josué de Israel.
14. Cárlo-Magno.
15. Bernardo del Carpio.
16. Alfonso el Casto.
17. El conde Fernan-Gonzalez.
18. Octaviano César Augusto.
19. Cárlos II.
20. Trajano, emperador.
21. El Cid Ruí-Diaz.
22. Don Fernando el Católico.
23. Don Felipe.
24. El príncipe Juan.

Tras esta última se halla la puerta principal, y pasada continúan los medallones.

25. Felipe V.
26. El marqués de Villena.
27. El príncipe don Alonso III.
28. Don Beltran de la Cueva.
29. Don Alvaro de Luna.
30. El infante don Enrique.
31. Don Lorenzo Suarez de Figueroa.
32. Don Fernando Osorio.
33. Don Fadrique (*).
34. Alonso de Guzman.
35. Gonzalo Ruiz Giron.
36. Pelayo Perez Correa.
37. El rey don Sancho.
38. Don Pedro Fernandez de Fuencalada.

Como se ve en todos estos bastos que caen al lado Oeste de la portada, se ha querido consagrar la memoria de los maestres de Santiago, empezando su órden cronológico por el ángulo opuesto al de la iglesia, y terminando en la portada, órden que nosotros, para mejor comodidad en su exámen hemos invertido, dándoles todos con numeracion corrida.

(2) Los nombres que se encuentran en estos medallones, son los siguientes:

En el claustro bajo, siguiendo la direccion de la entrada.

1.º Alejandro III, Pontífice que confirmó la órden en 1175.
2.º Julio (**), papa.
3.º Felipe V.
4.º María Luisa, reina de España y de Saboya.
5.º Príncipe don Alonso.
6.º Don Pedro Fernandez de Fuencalada.

Siguen otras catorce sin letrero.

(*) Debe ser el bastardo, hermano de don Pedro de Castilla.
(**) Deberá referirse a Julio II.

(1) Madoz, artículo San Marcos de Leon.
(2) Libro de la regla y establecimiento de los caballeros de Santiago.

(1) Escritura dada en 15 de enero de 1172, citada por Risco, tomo XXXV.
(2) Véase en el mismo tomo, apéndices.
(3) Véase sobre el orígen de ella, y las cuestiones suscitadas acerca de la disputada primacía de las casas de Leon y Viles, el mismo padre Risco, desde la página 253 en adelante del mismo tomo XXXV.
(4) Risco.

engalanan las frentes, y señala la union del primero y segundo cuerpo un doble friso adornado de cabezas de ángeles y armas de Santiago, así como cierran el clare de los arcos hasta el primer tercio de las columnas balaustradas macizas con recuadros en el cuerpo inferior, dejando ocho entradas en los centros, y caladas sin interrumpir en el superior. Caprichosas y bien esculpidas repisas sostienen los arcos por el lado del muro, y labrada crucería adorna con repeticion las claves de las bóvedas. Tambien es digno de estudio y exámen en este claustro, un retablo de piedra con adornos platerescos junto á la puerta, que le pone en comunicacion con la iglesia, en cuyo centro se destaca un bajo relieve de gran fondo y de buena escultura, representando el Nacimiento de Jesus.

El templo, que ya dijimos se halla unido al edificio por el lado del Este, forma su fachada con un gran arco que apoya en dos torres, dejando en el centro un átrio ó pórtico. Hornacinas platerescas y ojivales adornan este arco, que cubriendo sus enjutas con resaltadas conchas, se corona por un bien labrado friso y balaustrada de piedra, antepecho á la vez de un ancho corredor ó azotea, detras de la cual continúa el muro: ábrese en él dentro de un cuerpo arquitectónico del renacimiento, el tradicional roseton, pero sin que su vano se adorne con las ricas labores propias de su estilo; un triangular frontispicio sin terminar, con las armas del emperador entre dos heraldos, completan la fachada, cuyo muro superior se ve tambien cuajado de conchas. De las dos torres, la mas oriental con estribos recordando la crestería gótica, lleva pilastras platerescas y ventanas con arcos en semicírculo, pero tambien carece de remate; mientras su compañera menos adelantada, sólo presenta concluido su primer cuerpo.

Lo mas notable que en esta portada, con todos los marcados caracteres del incierto estilo arquitectónico del siglo XVI, llama la atencion del viajero son los dos grandes nichos platerescos que se abren en los cuerpos inferiores de ambas torres, llevando un magnífico relieve de la Crucifixion el de la derecha y del Descendimiento de la Cruz el de la izquierda. El primero declara su autor en un letrero que tiene encima (1), y si bien el segundo subsiste anónimo, es de creer que, aunque de mejor ejecucion y dibujo, sea de la misma mano, ó por lo menos de igual escuela (2). Un arco rebajado, adornado de follajes, y otro de prolongado cerramiento con molduras y labores, y dos altas agujas con doseletes, repisas y crestería, recordando la manera ojival, adornan la puerta del templo, si no con la intencional composicion de los artistas del siglo XIV, con agradable traza. El interior ofrece todos los caracteres de aquel período transitivo entre el arte ojival y el renacimiento.

Su planta de cruz latina lleva en el cuerpo principal una sola nave con cinco arcadas, y las cuatro del crucero, cuyo frente ocupa la capilla mayor: los bocelados pilares y las bóvedas, bien recuerdan la manera ojival, mientras sus labores de crucería y los arcos semicirculares de las ventanas festoneadas de arabescos, y las portadas de las capillas, escepto las situadas debajo del coro, que las tienen ojivales, determinan la nueva escuela. Notables son los púlpitos de mármol, obra del renacimiento; y la portada que en la nave lateral izquierda conduce al claustro, ofrece tambien minuciosos y ricos dibujos del mismo gusto. De no menos detenido trabajo es la que, formando ángulo con la anterior, lleva á la sacristía, cuya nave, de tres levantadas bóvedas con magníficos dibujos de crucería, alumbrada por tres altos ajimeces á cada lado y una ancha claraboya sobre la puerta de entrada, sus realzadas pilastras y artesonadas dovelas, y sus nichos debajo de cada ventana con bien tallados medallones de relieve, forman un todo tan armónico, constituyen tan perfecta y acabada composicion, que admirado el viajero no puede prescindir de preguntar el nombre de quien supo realizar tan bien pensada obra. Bien hicieron los que venciendo la natural modestia del artista, lo consiguaron encima de la claraboya de la entrada, como constante recuerdo al indisputable genio de Juan de Badajoz (1).—Al frente de la nave se alza un retablo, siguiendo el mismo estilo del renacimiento, que domina en la capilla, con el Eterno Padre rodeado de ángeles y la aparicion del Apóstol Santiago, y en el remate y en el friso lleva inscripciones en estrechos caracteres, tomadas del Levítico. Otra estancia que amplia la nave de la sacristía, igual en su ornato á ésta, forma con ella una de las mejores partes, de las que componen la estensa fábrica.

El coro es otra de las buenas obras que ofrece la iglesia de San Marcos; pertenece al gusto plateresco, y si bien no es todo de una mano misma, tiene magníficas esculturas. En sus abalaustradas columnitas, sus bustos de personajes del Antiguo Testamento y figuras del Nuevo, y sus varios caprichos de atletas y centauros, mezclados con tallas y flores, bien demuestra la rica imaginacion del autor de su traza y talla, Guillermo Doncel, que dejó consignadas el año en que empezó sus trabajos, sobre la segunda silla que está cerca de la puerta del coro, escribiendo en ella la fecha 1541, y la época en que los terminó, en la escalerilla que sube á la sillería alta por aquel lado, fijando en una tarjeta, 1543. Su nombre se encuentra en una de las sillas bajas que están al pie de la prioral, por lo que tambien se sabe que en 1542 mediaba su obra (2). Sin embargo, la barroca talla del resto de la sillería, á pesar de lo que se ha querido armonizar con la primitiva, bien deja conocer, que fue concluida ó renovada en el primer tercio del siglo pasado, lo que indudablemente atestigua una inscripcion consignada en la escalerilla del lado de la epístola, si bien acertadamente ocultó el artista su nombre (3).

Pero la iglesia como todo el edificio, ya por abandono, ya por causas mas reprensibles, encontrábase, hasta que por los años de 1857 se estableció en él la escuela de Veterinaria, en un estado lamentable de destruccion mas que de ruina. Afortunadamente los esfuerzos del director de aquella escuela, don Bonifacio Viedma y Lozano, persona dignísima cuya temprana muerte lloran numerosos amigos, pudieron á costa de grandes sacrificios contener la inminente pérdida de tan notable monumento, digna empresa que con grande acierto continúan hoy los venerables sacerdotes establecidos en aquel antiguo convento de caballeros de Santiago, que entre sus gloriosos recuerdos, conserva el de los padecimientos, que un valido, de tan grandes ambiciones como pequeño corazon, hizo sufrir al filósofo, crítico, y eminente poeta don Francisco de Quevedo. Todavía la tradicion designa una pequeña cámara cuadrada en la torre primera de la iglesia, como su cárcel; pero si esta tradicion no es falaz, aquella cárcel debió ser una de las primeras en que le colocaran á poco de haber llegado, cuando alegre escribia á su amigo Adan de la Parra: *veni vidi, vici*; dijo César con la arrogancia de un romano, y yo puedo decir: me trajeron, hablé y vencí, al tomar clausura sin vocacion en este convento del Evangelista de los cuernos.» Aunque estrecha y reducida la citada pieza, bien la hubiera querido conservar, cuando la insaciable venganza del conde-duque le sumió en aquel hondo subterráneo, *tan humedo como un manantial, tan oscuro que en él es siempre de noche; y tan frio que nunca dejaba de parecer enero* (4).

San Marcos de Leon, va tan unido á la memoria de Quevedo, que es imposible penetrar dentro de su recinto sin evocar el nombre del profundo y satírico escritor de la córte de Felipe IV; y su recuerdo, la gloriosa historia de la religiosa milicia á que sirvió de asilo, y las bellezas artísticas de su fábrica, hacen del histórico edificio uno de los mas notables monumentos, que por ventura se conservan como elocuentes páginas de la historia del arte en nuestra patria.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

En el segundo cuerpo ó galería alta, se hallan los siguientes:

1.º El príncipe don Luis.
2.º Fernando V.
3.º El infante don Fadrique.
4.º El señor de Alarcon.
5.º Doña Mariana de Ousburg (sigue una cruz, y á los lados: — histora P..., año 1707).
6.º María Luisa de Borbon.
7.º Francisco Pizarro.
8.º Hernan-Cortés.
9.º El Cid Campeador.
10. El gran Capitan.
11. José el Judío (*).
12. Judas Iscarita.
13. Cárlos (**).
14. La reina Mariana (***).

Siguen veinte y dos sin inscripcion alguna.

(1) Hororco me fecit.

(2) El señor Quadrado con motivo de estas esculturas, cita la anecdótica tradicion que acerca de ellas tambien nosotros oimos referir.

Se dice que el relieve anónimo es obra de un discípulo de Hororco; y que viendo su maestro que le sobrepuja en mérito, no solo le borró el nombre, sino que intentó destruirlo en un arrebato de emulacion artística.

(*) No sabemos á quien pueda referirse.
(**) Será Cárlos II.
(***) Deberá referirse á Mariana de Austria.

(1) Dicha inscripcion dice así: *Perfectum hoc opus et Domino Bernardino priore et Johanne Badajoz artifici, MDXLIX.*

(2) En dicha silla se ve un arpa de madera blanca embutida, entre cuyos brazos va repartido el siguiente letrero en caracteres romanos: *Magister Guillermus Doncel me facit MDXLII.* En la del lado opuesto, con igual clase de letra, se halla la inscripcion siguiente: *Hoc opus perfectum est Domino Ferdinando Priori.*

(3) Dicha inscripcion dice así: Empezóse á renovar esta sillería año de 1721, y acabóse en el de 1725.

(4) Carta de Quevedo á su amigo Adan de la Parra. No está determinado cuál fuese el subterráneo en que estuvo preso Quevedo en San Marcos de Leon.

MARINA ESPAÑOLA.

NAVÍO «REINA DOÑA ISABEL II.»

Este buque de vela, recuerdo de los muchos de su porte que poseia la armada nacional, y perecieron no sin gloria en Trafalgar, es de 86 cañones, y mide 230 pies de eslora, por 40 de manga y 36 de puntal, teniendo una dotacion de 1,000 plazas. Su marcha es de 10 á 12 millas por hora. Fue construido en el año 1852.

VAPOR «ANTONIO DE ULLOA.»

Este es el buque que, remolcando al navío *Reina Isabel II*, representa la lámina que damos en el presente número. Data del año 1851: monta 6 cañones; su fuerza es de 350 caballos; y mide 209 pies de eslora, 33 de manga y 22 de puntal, con una dotacion de 161 plazas.

LOS COROS DE CLAVÉ Y LA MÚSICA ESPAÑOLA.

II.

Dado á Clavé en el artículo primero el valor que á nuestro entender tiene como compositor aislado; conviene, y es deber ahora, que digamos por qué le hemos concedido el papel de Lope, al relacionar su obra con nuestra música nacional. El compositor catalan tiene con el poeta sevillano muchos puntos de contacto; uno y otro fueron obreros; uno y otro aprendieron por sí solos; y el coro Euterpe del uno y el teatro ambulante del otro, son dos cosas que se parecen con maravillosa semejanza.

Pero la historia musical no se apoyará en estas razones para dar á Clavé tan gran lugar, si no en el mérito de sus cantatas y en su influencia general. Cuando Clavé apareció, no diremos que nuestra música estuviese en la decrepitud ó en la infancia; sino que ni se soñaba que hubiese ó pudiese haber música nacional en nuestra España. Teníamos, es verdad, compositores que escribian; pero unos siguiendo las huellas del italianismo sensitivo de Rossini; otros del italianismo superficial que Verdi representa; otros buscaban en la ópera francesa inspiraciones, sin ver que en ella lo ocupa todo ó lo domina el corte artístico y la elegancia; y otros se dedicaban á componer música sainetesca, que es lo mismo que decir música de zarzuela.

Nadie pensaba que existiesen elementos de una música genuina; y si alguno se hubiese atrevido á asegurarlo, es probable que las carcajadas y rechiflas hubiesen acogido sus palabras. Bien es verdad que de tarde en tarde se hablaba de ópera española para un tiempo por venir; empero nadie la concebia como otra cosa que una imitacion de la música italiana ó alemana.

Ello, sin embargo era, que existian razones poderosas para ser de otro parecer. España es una nacion meridional; y así el sentimiento y fantasía no han en manera alguna de faltarle; las pasiones son aquí vivas é impetuosas, y es nuestra lengua un tesoro de melodías y armonías. En imaginacion y pasion aventaja á la Italia; podria recoger los adelantos artísticos con que disimulan los franceses la impotencia de su númen; y si bien es cierto que no tiene aquel espíritu profundo que caracteriza á la Alemania, la aventaja en disposiciones *objetivas*, lo cual es mucho en un arte tan impalpable como este. La música está basada en la imaginacion y el corazon; y su filosofía consiste en idealizar, con respecto á la imitacion humana, las pasiones é impresiones; y con respecto á la imitacion de la natura, aquellos movimientos que tienen semejanza, pero mas grandiosidad, con las esplosiones humanas; y la filosofía será mas ó menos profunda, segun tengan esas imitaciones mas ó menos verdad.

De lo dicho se desprende que no le concedemos el poder del arte literario; y aunque esto ha dado lugar á disputas reñidísimas, de ellas ha salido averiguado lo que ya estaba visto ó presentido: que la música no es descriptiva sino sensitiva; es decir, que no puede pintar los objetos sino las impresiones que causan; pues si bien tal trozo musical parece reproducirlos, segun la claridad con que los hace sentir, es porque pinta el efecto con tanto genio que la nota lucha entonces con la palabra.

Consideradas, pues, las cualidades del español y los elementos de la música, en nuestra patria habia potencias musicales. Verdad es que el elemento castellano, harto fantástico, podia ser dañoso cuando España era Castilla; pero ahora en que España es un conjunto de provincias de carácter variado, no hay influencias dominantes; y mezclados todos los elementos, puede nacer un genio, que reuniendo la profundidad y el movimiento, produzca una música acabada.

Esto decia el entendimiento, oyendo decir á los españoles, que solo era posible aquí la imitacion: pero cuando por la fuerza de las razones antedichas, buscaba medios para realizar aquella idea tan grandiosa como lógica, en ninguna parte los hallaba. ¿De dónde sacar, en efecto, ese carácter músico nacional? ¿cómo aparecer un hombre de tanto genio, que teniendo innatos en su alma los elementos necesarios, inventase un tipo que fuese reconocido por España como espresion genuina suya? Si en poesía es esto difícil y aun imposible, mas en música por la esencia sutilísima que la forma. Esto, pues, debia salir de la nacion: solo ella podia hacerlo: y si bien España no ha recibido enteramente el colorido de una sociedad civilizada, está muy lejos tambien de un estado primitivo, que es cuando nacen esos elementos misteriosos, que son el tipo de la música nacional. ¿Tendríamos, pues, que resignarnos á continuar haciendo aquel papel? ¿Seríanos forzoso renunciar á una esperanza fundada en tan sólidas razones? Así lo parecia por desgracia, sin que nada viniese á sacar el espíritu desconfiado de aquella penosa situacion. Con todo esto, España, por causa de ese mismo estado entre primitivo y social, conserva aun muchas de sus poesías populares y el ritmo con que las cantaban los antiguos: de suerte, que recogidas estas armonías características, podian ser un dato inapre-

ciable. Ya algunos las habian señalado; pero no como fuente de obras grandes, cual la ópera y otros poemas, sino como guía de piezas agradables de sorprendente originalidad. Ello era, si embargo, que entre esas piezas las habia de guerreras, las habia de religiosas, las habia de psicológicas, las habia de bucólicas; es decir, *en todo género de los que abraza el arte musical*; y estudiadas y tomadas como guía, podian llevar á una serie de inspiraciones de un valor incalculable.

Nada de esto habian visto aquellos críticos; y aquello poco que señalaban á la atencion, habianlo los músicos olvidado, ó lo recordaban sonriendo. Habia además en medio una dificultad de amor propio. Sin retroceder, sin dejar á un lado los *stabats* pretenciosos, las *misas* y *zarzuelas* y *variaciones fantásticas*, no era posible aprovechar aquellos ritmos tradicionales; y este retroceso hubiera sido un deshonor para los *eminentes* compositores de España. Empeñados en ir de par con las naciones adelantadas lo único que concedian al estranjero era poseer unos genios musicales como su *patria no tuviera*; olvidando que solo una música genuina puede dar á luz genios como aquellos; porque la música no puede tener una espresion universal, sino que por nacer de la imaginacion y del corazon, en cada pueblo tiene un carácter particular, al revés de la poesía literaria, que sujetando las pasiones y caracteres á una idea filosófica comun á todos los pueblos, puede dar un giro general á las poesías.

Nada, pues, indicaba un cambio de ideas que llevase á un retroceso fecundísimo, y todo muy al contrario, probaba que desaparecerian para siempre aquellos ritmos, cuya tradicion iba perdiéndose, cuando apareció el trovador Clavé. Ni de vista conocemos á este hombre ilustre; é ignoramos por lo tanto cómo hizo y si se propuso una empresa tan difícil; *empero* creemos firmemente que ignoraba la gloriosa trascendencia de su obra. Clavé, si no estudió las cantinelas catalanas—lo cual será muy cierto—estaba henchido de ellas, aprendidas en su infancia; sentia además vivísimamente la naturaleza catalana, y al escribir se apoyó maquinalmente en estas partes, dando á luz obras que probaban que aquellas cantinelas eran fuente purísima

NAVÍO «REINA DOÑA ISABEL II,» REMOLCADO POR EL VAPOR «ANTONIO DE ULLOA.»

de una corriente abundante de bella y grande inspiracion.

Por desgracia, el talento de Clavé tiene límites, y solo ha podido mostrar con sus *idilios* é indicar con las *marinas* lo bueno que hay perdido, esperando un buscador inspirado y concienzudo; empero ellos bastan al crítico que busca ejemplos con que autorizar sus teorías, y tambien á aquellos compositores de fe y talento que esperan tener autoridades musicales, cifradas en bellas obras, para emprender un camino mirado neciamente con desden.

El caudal no hallado es todavía grande en Cataluña. Aun le falta su lírica guerrera, su lírica elegíaca, su lírica religiosa, su lírica amatoria; y cuando ese oro estará á luz arrojando destellos brillantísimos, ¡qué muda sorpresa para aquellos que creian en la impotencia musical de nuestra España! Pero cuando trasmitido ese movimiento á otras provincias españolas, busque el *compositor en Andalucía otra* cosa que *boleros*, y otra cosa que *jotas* en Aragon; cuando Asturias, Galicia, Navarra, Vasconia, etc., esploradas y esplotadas, den los gérmenes que poseen, y estos trasplantados al entendimiento del compositor y fecundados con la meditacion y el estudio, broten, crezcan y se desenvuelvan, el espanto subirá de punto, y los hombres dirán que va España á rejuvenecer el arte y asombrar á aquellos pueblos musicales que hasta entonces le habian mirado con desden.

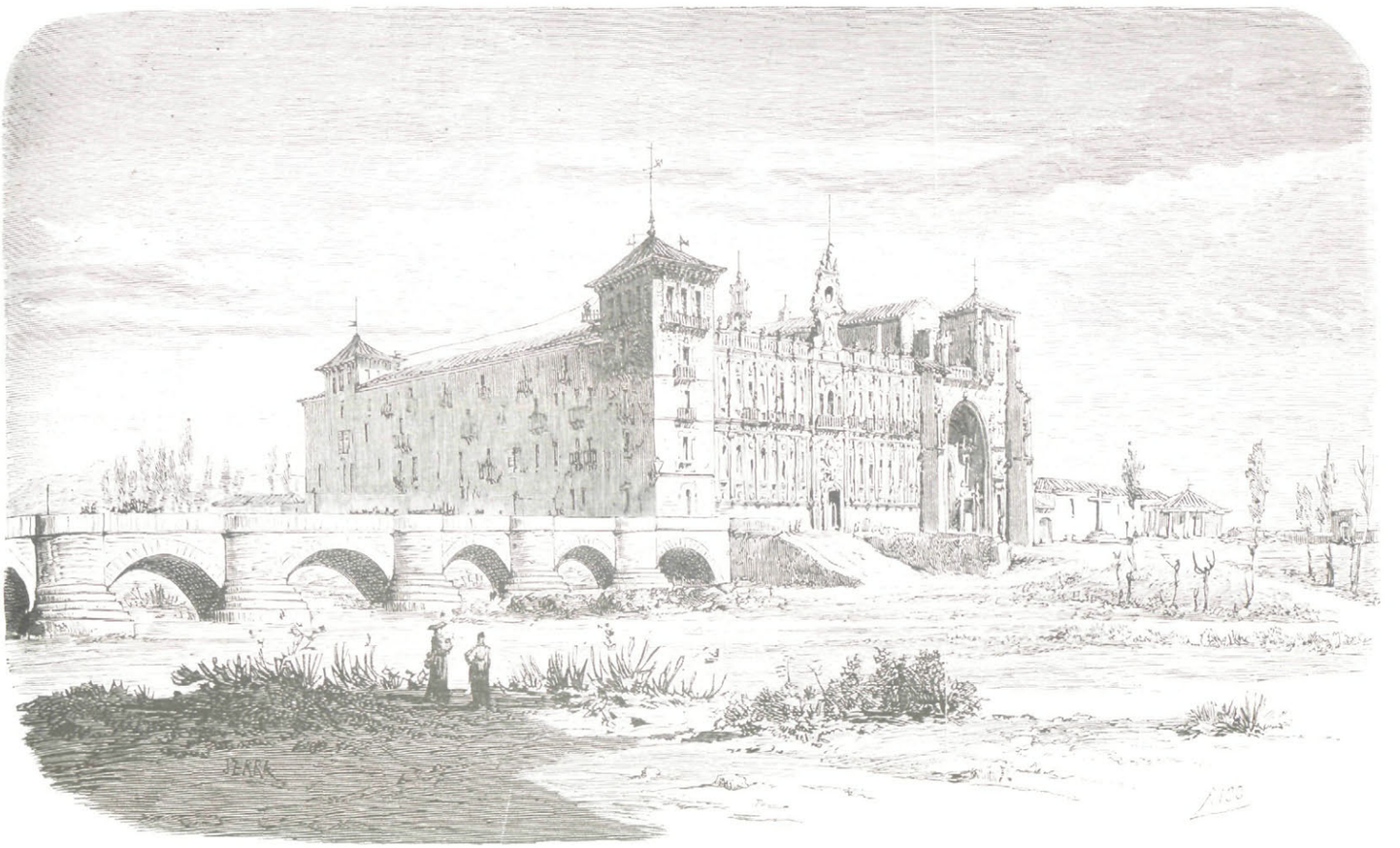
En efecto, en estas provincias, que son las que han tenido siempre un carácter poético mas marcado, han existido y existen aun esos elementos musicales característicos; y estas son las que serán cuna de nuestra música genuina, la cual será lírica primeramente; luego pasará por los ensayos dramáticos á que la han de someter las necesidades y la ambicion; hasta que un genio, venido en la ocasion oportuna, la convertirá y fijará en dramática. Entonces y solo entonces, se comprenderá toda la importancia musical del señor Clavé; y la posteridad le pondrá justa y admirada, en aquel glorioso pedestal.

¿Pero los compositores seguirán, ó mejor dicho, tomarán este camino provechoso que todos miran con desden? Los *Coros* salvan esta dificultad, y este peligro. Por su carácter popular y provincial, estos cuerpos *obligarán al compositor á descender de las alturas* de la música estranjera y á entrar en el círculo reducido de una música lírica provincial; por la dificultad de inventar tipos que satisfagan las necesidades de los coros se verán forzados á estudiar las cantinelas tradicionales y la naturaleza local; y el ser de ordinario hijos de la provincia los que escribirán para ellos, ayudará á dar á esas composiciones mas colorido y mayor verdad. Así se irán recogiendo los caracteres musicales que están esparcidos por España. De vez en cuando, como sucede siempre en artes, surgirá un talento superior; reasumirá los trabajos de las medianías, les dará mayor inspiracion y arte, y dejará marcado un gran progreso, del cual partirán otras nuevas *medianías*, hasta que otro nuevo talento superior vendrá á su vez á reasumir aquellos trabajos y á sellar otro gran progreso. En fin, dados ya á luz todos los tipos de las provincias españolas, y alcanzados los mayores adelantos que quepan en la lírica, la hora habrá dado de aparecer la música dramática.

Ciertamente que será dañoso, para esa lírica que solo empieza á despuntar, que la desprecie la altivez y necio orgullo de nuestros compositores; pero este desden no tendrá fuerzas para matarla, porque dado el ejemplo por Clavé é inventado el motor con los coros, solo les será posible detener su vuelo y convertirlo en marcha. *Para llegar á tan buenos resultados*, dos cosas son necesarias: que los coros se estiendan y que los certámenes de música popular se sucedan y multipliquen: una y otra cosa va haciéndose ya aunque con lentitud, empero esta lentitud es natural é irá disminuyendo cada dia.

Tal es en apunte lo que pensamos de los coros del señor Clavé y de su influencia en la música española.

LUIS CARRERAS.



SAN MARCOS DE LEON.

CUADROS CONTEMPORANEOS.

LOS MARIDOS.

En tiempos antiguos un padre de familia era un patriarca: hoy no es mas que un marido. La palabra patriarca se pronunciaba con respeto y veneracion: la palabra marido tiene algo de mágica, y nadie puede pronunciarla sin esperimentar cierta conmocion, como el célebre *turris-burris, tirqui-traquis*. Solo que esa conmocion varia de sentido, segun el sexo, edad y situacion de la persona que pronuncia la palabrita.

«¡Marido!» dice con acento abatido la soltera desesperada. «¡marido!» esclama saltando de gozo la que está en vísperas de casarse. «¡Mi marido,» dice á boca llena y con regodeo la que la atrapó! «¡Ay, marido de mis pecados!» —la mal casada. —«¡Marido!»—dice espeluznado y en actitud de emprender la fuga el soltero recalcitrante.—¡Soy un marido!!! esclama el que se casó sin vocacion, en el mismo tono con que se decia en tiempo del cólera morbo «¡soy un *caso*!!!» «Por fin, al referirse ciertas crónicas ... (me callo el adjetivo) siempre se pronuncia la palabra «el Marido»—con cierta sonrisita burlesca y mirada maliciosa.

Eso debe consistir en que la mujer solo ve, generalmente hablando, en su marido, un nombre y una fortuna grande, mediana ó pequeña; y el hombre mira el matrimonio como una pesada cadena, como una cárcel oscura, ó cuando mejor, como la jubilacion de la juventud.

«Cuando el hombre tomaba una mujer para que su amor dulcificase las fatigas y sinsabores de la vida, y para procrear hijos que encaminar al cielo, y que «se ostentaran lozanos al rededor de su mesa, como renuevos de olivo;»—entonces el padre de familia, el patriarca, rodeado de amor, de veneracion y respeto, reflejaba magestad y honra sobre los suyos, recibiendo de ellos los dulces cariños que sustentan la alegría del espíritu, y regeneran las fuerzas del cuerpo: así como el sol esparce sus rayos vivificadores sobre los mundos que le circun, y ve reflejarse en ellos la hermosa luz que les envia. De esto han pasado ya siglos.

Ahora el hombre se casa por locura, por desesperacion ó por cansancio; sin reflexionar en el porvenir; sin consultar siquiera su vocacion. La mujer se casa por *razon de estado*, ó por amor inconsiderado; sin saber con exactitud lo que es el matrimonio; sin conocer á fondo á su marido; sin haber recibido la educacion necesaria para ser esposa y madre.

Es un azar de la fortuna; un albur; una suerte de la lotería. Si Dios quiere que los esposos sean bien inclinados y tengan algun talento, se forma una familia que cuando menos vive en paz; si por desgracia uno de los conyugues carece de virtud ó de talento, el diablo se mete en su casa. Si padecen los dos la misma falta.... entonces ya es otra cosa: ellos son quienes con toda su familia, se van á vivir á la casa del diablo.

Y como la familia y no el individuo, es la verdadera unidad de la sociedad humana, resulta que la *tal* sociedad se compone en su mayor parte de patrones de satanás y alojados del infierno. Esta noticia que os doy, *lectores* mios, puede serviros de clave para esplicaros muchas cosas raras ó desdichadas que pasan en el mundo.

Yo tengo para mí, aunque algunos no son de mi opinion, que toda la culpa, *absolutamente toda*, está en el hombre y no en la mujer: en otros términos; creo que depende del marido la paz y *bien andanza de un matrimonio*, y que la mujer es mala ó buena, segun la hace su esposo.

Porque, todo bien considerado, al hombre fué á quien dotó Dios de fuerza de voluntad, así como de vigor en los brazos; *á quien proveyó de prudencia* y de mas sólido juicio; á quien dió, en una palabra, el dominio supremo; y para que pudiera *ejercerlo* sin contradiccion en la familia, hizo á la mujer débil de cuerpo, tímida de espíritu, *ligera de entendimiento*. Cuando yo veo que á impulsos de huracan se viene al suelo un olmo con la vid que *rodea su tronco* y trepa hasta su copa, nunca se me ocurre la idea de que la vid pudo sostenerlo ó de que su peso *lo* derribó; sino pienso que el defecto est ba en las raices del árbol, que eran someras ó estaban podridas.

Decidme ¿porqué se casó Burránio? ¿Qué buscaba en el matrimonio? Apenas entraba en el cuarto men-

MONTAÑESES DE LAS CERCANÍAS DE LEON.

guante su *luna de miel*, volvióse en su cuerpo y alma á su vida de soltero; y Dios sabe que no era muy arreglada. Conserva estrecha amistad con los compañeros de sus calaveradas; las partidas de caza y los viajes de recreo le alejan de continuo de su esposa; pasa el dia entre actrices y amazonas de los circos; distribuye las veladas entre el café y los espectáculos; pasa las noches en la casa de juego; y suele volver á la suya ébrio de vino á la madrugada. Feliz su esposa si se libra entonces de algun mal trato; mas feliz si al dia siguiente puede disponer de un duro para enviar á la plaza. ¿Por qué diablos se casó este hombre?

No es, pues, estraño que abandonada, despreciada, maltratada por su marido, y careciendo de lo necesario, empiece por derramar lágrimas, hasta que cansada de saborear su amargura, deja que se las enjugue don Astuto, cuyo celo por consolarla corre parejas con su generosidad y desprendimiento.

Valerio no conoce mas placer que el del amor: verse amado es toda su ambicion sobre la tierra. Por eso buscó mujer apasionada; y habiéndola encontrado, hizo tanto consumo de felicidad, que acabó por hartarse de ella, y el hastío reemplazó bien pronto al amor conyugal. Pero como no puede vivir sin amores, busca objetos nuevos en que ocupar su laborioso corazon. Su mujer se apercibe de ello y tiene celos: por un resto de pudor procura él ocultarle sus devaneos; pero al fin ya no hay medio de seguir mintiendo: la verdad se descubre por completo: su casa es un infierno, del cual procura huir cuanto puede; y reducido á la última estremidad por las quejas, las súplicas y los improperios de la mujer vendida, se arranca la máscara con descaro, y se vergue en su crímen: supremo esfuerzo de todo él que se bate contra su propia conciencia.

Los celos y la desesperacion son pésimos consejeros: y á la verdad son rarísimas las virtudes á prueba de ira...

Dícese vulgarmente que los celos son hijos legítimos del amor: pero yo creo que esto no debe tomarse como axioma, y que hay en ello mucho que estudiar.

El gran aprecio en que tenemos una cosa, nos hace ciertamente cuidadosos de ella y temerosos de perderla: hasta ahí admito la accion del amor; mas si esa cosa pierde una de sus mas apreciables cualidades, como sucede á la mujer respecto á su amante, cuando le es infiel, los celos, ó mejor dicho, el despecho que esa infedilidad nos causa, serán hijos enhorabuena del *amor*, pero del *amor-propio*. Hay algunos que son por temperamento, no celosos, sino recelosos; y esta es otra variedad de la gran familia de los malos maridos.

Esta variedad se divide en dos clases á cual mas curiosa: celosos ridículos, y celosos *ridiculófobos*.

Lope, pertenece á la primera. Difícilmente se encontrará en las calderas de Pero-botero, atormentador mas ingenioso é implacable, que lo que él lo es para su infeliz mujer.

Podrá ser que la ame; pero ella no tiene grandes motivos para creerlo. En vez de palabras dulces y halagüeñas, oye siempre denuestos y recriminaciones: sus ojos despiden fuego de continuo, pero fuego de cólera y no de amor. Cierto que siempre se le encuentra junto á su mujer: en esta parte es el marido mas asiduo que se ve en el mundo; pero es asiduo á la manera que el can de las siete cabezas á las puertas del averno.

Todos saben su defecto, y se le burlan; mas no por eso se corrige. ¿Es dueño de hacerlo por ventura? Me direis que al ménos debia tener la prudencia de ocultarlo á todos, inclusa su mujer, y sufrir el tormento solitaria y secretamente. Cierto: eso hace un hombre de buen sentido; pero Lope, y sus numerosos semejantes, son necios por los cuatro costados.

Su pobre mujer tiembla de continuo, y está á las puertas de la desesperacion, porque ha apurado ya todos los sistemas imaginables para tranquilizar á su tigre, y ha visto que todos son peores.

Si sale de casa se alarma su marido; si se niega á salir, se alarma tambien, y observa quiénes son sus vecinos; si mira á los hombres rechina él los dientes; si lleva la vista recogida, es miedo de comprometerse; si tose, es seña; si se le cae el pañuelo ó el abanico, provocacion...

—Mi sargento: decia un soldado bisoño que se hallaba de faccion en una batería, ¿Cómo se hacen los cañones?

—¡Borrico! esclamó su gefe. ¿Aun no sabes cómo se hace un cañon? Ven acá, majadero: yo te lo esplicaré. Es cosa sencilla. Cogen un agujero redondo; lo envuelven en un pedazo de bronce, y... ya está hecho el cañon.

Pues bien: Lope coge un agujero redondo; lo envuelve en quimeras; y queda hecha el arma que mata á su pobre mujer.

Porque esa arma vomita descargas de ridículo, y el ridículo mata.

La mujer, que á falta de profundo conocimiento, tiene maravilloso instinto; siente que su posicion es ridícula; cada nueva humillacion que sufre en público cada una de esas injurias odiosas que tiene que devorar; neutraliza una partícula de honradez y vergüenza; y una parte considerable del amor que al principio tuvo á su esposo; cuando ya nada queda que absorber, se presenta un amigo de la casa, que realiza las sospechas crónicas de Lope.

Entonces empieza éste á descansar y á dejar en paz á su mujer. ¿Será que sin saberlo trabaja para llegar á ese fin? ¿Será que su mujer al dejar de ser fiel, ha encontrado la manera de persuadirle de que lo es? ¿Será por ventura que el que es lince para ver quimeras, es topo para descubrir realidades?

Al lado de Lope, figura y aun le eclipsa, Pavonio, celoso del género ridiculófobo.

Hemos convenido, desde que copiamos las modas y las costumbres francesas, en que vigilar á nuestras mujeres, darlas el brazo por la calle, y la mano para subir una escalera, habiendo otros que ocupen nuestro puesto, es cosa ridícula. Bailar un marido con su mujer... ¡que horror! Sentarse junto á ella en una mesa... ¡Profanacion! En cuanto á los celos, siquiera sean fundados, es la última abominacion que puede cometer un marido.

Así piense Pavonio; y como al mismo tiempo es celoso como un turco... como tres turcos... dejo á la consideracion de mis lectores los tormentos que sufrirá en su interior cuando siente el aguijon de los celos, y el freno de la ridiculofobia.

En semejantes casos se escoge siempre el peor partido; y así como el cobarde es fanfarron, Pavonio hace estremado alarde de su confianza.

Anoche, en el secreto del cuarto conyugal se descompuso horriblemente con su esposa, porque Aurelio, elegante de fama, fátuo de profesion, terrible perseguidor de corazones femeninos, la miró tres veces en el teatro. ¿Qué culpa tiene ella, que amo á su marido, y ni siquiera se habia fijado en las miradas de Aurelio? Sin el disgusto que en este momento embarga su espíritu, acaso esperimentaria su amor propio alguna satisfaccion, al verse objeto de la admiracion del nuevo tenorio, cuya noticia le da su marido... Pero no es tarde: ya se ofrecerá esta idea á su mente con colores halagüeños.

Hoy compone ella, con sus amigas, la lista de convidados para un baile que quiere dar su marido. Cuando está ya casi terminada llega Pavonio: la recorre con los ojos, y echa de ménos un nombre: el de Aurelio. Su mujer se pone colorada, y dice que le ha escluido de propósito porque ese hombre la desagrada. Y dice verdad. ¿No es él la causa de su disgusto de anoche? ¿A qué esponerse á otro mayor? Y por otra parte eso tranquilizará á su marido... ¡Cómo se engaña!

Pavonio no puede escluir á Aurelio, porque teme que lo atribuyan á celos; y en cuanto á la prudencia de su esposa le parece refinada afectacion.

—Y ¿por qué te desagrada ese hombre, Clara?

—Es un fátuo.

—Es uno de los primeros elegantes, á quien se recibe bien en todos los salones.

—No goza buena reputacion.

—Mi casa y mi nombre, dice con ceño Pavonio cortando el diálogo, le impondrán respeto.

Su esposa calla, y él escribe el nombre de Aurelio en la lista de convidados.

Cuando Clara se encuentra á solas con su esposo le pide la esplicacion de su conducta.

—¡Cómo! responde. ¿Quiéres que yo me ponga en ridículo demostrando temer á un fátuo que te hace la córte? No tengo tanta humildad. Te advierto que puede comprometerte... lo demás es de tu cuenta. Harto sabido es que nadie se atreve á pretender el corazon de una mujer, si ella no lo consiente. Su conducta me dará á conocer la tuya.

Y hé aquí á Pavonio prefiriendo el martirio que se impone á sí mismo dando entrada en su casa á Aurelio, al temor de pasar ante el público por un marido celoso.

Llega la noche de la fiesta: empiezan á llenarse los salones; y Clara, vestida y prendida á maravilla, se muestra á los ojos de todos, hermosa, sí, pero preocupada é inquieta. La aparicion de cada recien venido á la puerta de entrada, la hace estremecer. Es que teme la llegada de Aurelio... ¡Ay, lectores mios! Si yo me dedicase al oficio de seductor, nada desearia tanto como empezar por inspirar temor en el corazon de la mujer solicitada.

Aurelio llega en fin. Vá á saludar á la señora de la casa, y ésta, en estremo turbada, apenas acierta á responder á los cumplimientos del galan, y eso sin levantar los ojos del suelo, temblorosa y cubierto el rostro de rubor.

Aurelio, aunque ignora el motivo, conoce que ha causado sensacion en el pecho de Clara, y se siente con mas valor que un Alejandro.

Si Pavonio no hubiera mortificado á su esposa á propósito de Aurelio; si no hubiera facilitado á éste la entrada en su casa; ella, ó no se hubiera fijado en él ó le hubiera olvidado al momento; pero... decirle á una mujer que tal hombre la ama... ponerle en su presencia... darles libertad para hablar y... ¡para bailar las habaneras!... ¡Vamos... cosas tiene la ridiculofobia que farán fablar las piedras.

Aurelio invita á bailar á Clara: ella rehusa... ¿por qué razon? No la encuentra, y Aurelio, sonriendo, coge su mano sin ceremonia para llevarla al medio del salon, diciéndola al mismo tiempo:

—¿Se propone usted acobardarme con sus rigores? ¡Inútil tarea! Yo mismo he tratado de ahogar mi pasion pero sin fruto. Es superior á mis fuerzas, y nada en el mundo puede devolver la tranquilidad á mi corazon.

Clara queda atónita al oir tan inesperada declaracion; y antes que pueda recobrar el uso de la palabra, y sepa lo que ha de decir, Aurelio (estos Aurelios son chicos muy listos) la ciñe la cintura, y empieza el baile con celeridad.

La oportunidad de la respuesta ha pasado. Clara opina que lo mejor es no responder, aparentando no haber oido ó comprendido; pero su corazon late con violencia... será á causa del movimiento del baile.

La *schotis*. Aurelio pide su mano á Clara: ésta no puede mas de emocion; pero siente caer sobre su espalda como dos balas de plomo derretido. Se vuelve sobresaltada, y ve á algunos pasos de ella á su marido, que la mira con ojos de fuego, mientras habla con la señora de X.

Clara deja á Aurelio y se dirige á donde está su esposo; pero Aurelio, que conoce su negocio y adivina la debilidad de Pavonio, la sigue resueltamente y dice:

—Señor Pavonio, ¿qué he hecho yo para merecer los rigores de su esposa de usted? Se niega á bailar conmigo, y no tengo mas remedio que apelar á la autoridad marital.

—¡Oh! dice la señora de X. A fe que Aurelio se queja de lo que otros tendrian á buena dicha. Si yo estuviese en lugar de Pavonio, tendria celos.

—En verdad, replica Pavonio sonriendo, aunque mascando bilis, creo que deberia alarmarme. Semejantes rigores son por lo comun marcadas preferencias. . Pero... ¿qué quieren ustedes? No puedo sublevarme contra el destino.

—Es lástima, esclama Aurelio siguiendo la broma. ¿Qué ha de conseguir un pobre pretendiente sin el auxilio de los celos y del mal humor del marido?

—Lo siento, dice Pavonio, siempre en el mismo tono, pero no estoy de humor de atraer sobre mí ese ridículo en favor de usted.

Acaba el baile. Clara despide á las últimas señoras, y vuela á su tocador á despojarse de las blondas marchitas, y empolvadas. Este es el momento de los recuerdos, el en que se pasa revista á todo lo que se ha visto, se ha escuchado, se ha hablado durante la fiesta. La imágen de Aurelio no se aparta un instante de su mente, y pesa horriblemente sobre su corazon. ¿Qué clase de sentimiento es el que le inspira?... ¿Lo sabe ella por ventura?

Sin embargo, desde esa noche fatal, y merced al humor fanfarron de Pavonio, ella le vé y la habla con frecuencia; y sin saber por qué, hasta gusta de oir sus galanterías mas ó menos significativas. Bien examinado su corazon, cree que no le ama; y en todo caso cuenta con su virtud sobre seguro.... ¡Qué error! ¡A cuántas pierde ese error!

Llega sin embargo el dia en que no puede engañarse ya á sí propia. No le cabe duda que ama á Aurelio. ¡Ah, si su marido no se hubiese empeñado!... No importa: es preciso cortar de raiz esa funesta pasion.

Cualquier pretesto basta á una mujer para rogar á un hombre que no la vuelva á ver; pero Aurelio sabe demasiado, para desconocer la verdadera causa de esa súplica.

Triunfa en ella, dice, el sentimiento del deber; enhorabuena. Ahora administrémosla una dosis prudente de celos, y es probado.

El fin de esta historia mis lectores pueden adivinarlo, teniendo en cuenta que Pavonio habia dicho: «No estoy de humor de atraer sobre mí ese ridículo;» que Clara era sencilla é inocente; y que Aurelio, como todos sus comprofesores, es un tuno como una loma. Yo solo diré, que la tempestad reconcentrada y contínua, que rugia dentro del pecho del ridiculófobo, acaba por estallar á la postre hácia arriba, hácia la cabeza; y Pavonio va á terminar sus dias á un manicomio, si antes no pone fin á su existencia el plomo de una pistola.

No hablemos de esos maridos degradados, que por falta de corazon, sobra de codicia ó esceso de temor, consienten voluntariamente en envilecerse, y en atraer sobre sí y sobre su mujer, el oprobio y la execracion de las gentes.

Dejemos en paz al hombre avaro que tiene á su familia casi en la indigencia, y no parece llevar otro fin que el de que ni su mujer ni sus hijos lloren su muerte.

Sino se hubiera alargado ya este artículo mas de lo que conviene para hacer tolerable su lectura, os describiria al marido confiado, á quien nunca se le ocurre la idea de que su mujer pueda estraviarse, y todo se lo esplica de una manera favorable, aun en los casos en que es difícil dejar de alarmarse. De esos se dice que son los últimos en saber lo que hay; y algunos de ellos no llegan á saberlo nunca.

Solo os diré dos palabras sobre una raza de hombres que por desgracia se encuentran en todas las clases de la sociedad, y que parecen creados para contradecir la idea de que la educacion modifica la naturaleza. Hablo de esos hombres que tratados superficialmente parecen iguales que los demás; pero que cuando se vive con ellos con cierta intimidad y confianza, os aburren con sus

groserías, hasta el punto de hastiaros completamente. ¡Cómo! Porque el lazo del matrimonio une tan íntimamente *al hombre y á la mujer, que los convierte en* «dos con una carne,» ¿por eso se ha de creer el primero dispensado de guardar consideracion alguna con la segunda? Señales de desamor la falta de cuidado en ocultar *todo lo* que es miseria á la persona amada; y néciamente presume de sí mismo, el que cree que no puede ya dejar de amarle su esposa por ningun motivo.

Lectores mios, maridos, examinad vuestra conciencia. ¿No os encontrais comprendidos en ninguno de los cuadros que acabo de ofrecer á vuestra consideracion? ¿Por ventura sois vosotros los maridos que comprenden su mision y se aplican á llenarla con toda la seriedad que exige su importancia?

¿*Comprendeis* la debilidad física y moral de vuestras caras mitades, y empleais vuestra fortaleza en sostenerlas y protegerlas? ¿Sabeis perdonar sus defectos para que ellas os perdonen los vuestros? ¿Sois delicados y prudentes en vuestro trato con ellas, procurando siempre mantener viva su ilusion, como si todavía fuéseis amantes? ¿Teneis la suficiente energía para haceros obedecer sin violencia ni ruido? ¿Os agrada vivir en familia, gozar en familia, reposaros en familia, y en una palabra, *no sucudir nunca* la carga (si así se la quiere llamar) que Dios puso sobre vuestros hombros? ¿Cuidais de administrar prudente y oportunamente buenos consejos, esforzándolos siempre con el ejemplo? ¿Sabeis reprender halagando y humillaros sin perder un ápice de vuestra dignidad? ¿Ejerceis la vigilancia debida, sin deprimir ni modificar?

Si tales sois, yo os doy la enhorabuena, y lo que vale mas; Dios os da su bendicion.

Solo un consejo os daré: no os canseis jamás de ser así.

JUAN ANTONIO ALMELA.

LA PESTE DE SIBERIA.

La epidemia conocida con el nombre de peste de Siberia no tiene de ningun modo ese carácter aterrador que la exageracion ha querido darle en Occidente, pues si bien es verdad que desgraciadamente ha hecho bastantes víctimas, tambien es cierto que cuando se la combate *en su principio el resultado es siempre satisfactorio*. Hé aquí las noticias que da acerca de ella una persona inteligente y digna de crédito, que habita en las cercanías de Oremburgo y que por lo tanto ha tenido ocasion de estudiarla en los puntos en donde parece que se ha presentado con mas violencia. La enfermedad ataca tanto á los hombres como á los animales (particularmente á los caballos y al ganado vacuno) y se comunica por el contacto directo ó se estiende por las emanaciones que esparcen en la atmósfera los que ya han sido atacados. Los objetos de vestir, sobre todo los que están hechos de tela de lana ó de pieles, son los mayores conductores del contagio. La enfermedad es muy difícil de *conocer al principio en los animales, pero en* las personas se presenta de un modo muy característico casi desde los primeros momentos. En general hé aquí los síntomas que se observan en ella y el curso que sigue: en las partes del cuerpo humano que van desnudas, tales como el cuello, la parte superior del pecho y los brazos se forman pequeños bultos cuyo tamaño viene á ser el de un guisante; al principio no causan sensacion ninguna, pues no pican, no se siente ardor *en ellos, ni* presentan tampoco una inflamacion notable. Hay que advertir que estos bultos ó pequeños abcesos no aparecen nunca en aquellas partes del cuerpo humano donde la piel es dura ó algo mas gruesa, como por ejemplo, en las manos ó en la cara. Despues de unos tres ó cuatro dias, estos pequeños abcesos comienzan á ponerse negros por la punta; á esto sigue siempre una inflamacion violenta, el color oscuro progresa y se va estendiendo cada vez mas por todo el cuerpo hasta que llega la muerte. El paciente se ve atacado de fiebre que va aumentando progresivamente con agitacion, ardor y angustia interior, hasta que al cabo de unos tres dias la inflamacion llega á ser un fuego devorador que *produce la muerte, la mayor parte de* las veces, sin conocimiento del paciente. El virus de la enfermedad que es el que se forma en los puntos de color oscuro que se presentan en los abcesos, produce en su contacto con la sangre un envenenamiento completo y la corrupcion se verifica con una celeridad tan aterradora que el cadáver se descompone totalmente en poco tiempo. En los últimos períodos de la enfermedad y despues de la muerte del paciente el peligro del contagio para los que se hallan alrededor debe llegar á su mayor estension.

Sin embargo por terrible que á primera vista pueda parecernos esta epidemia, el método curativo que se ha descubierto para combatirla, es causa desde luego de que disminuya el terror que inspira y de que se la vea presentarse con una tranquilidad relativamente grande, puesto que se conocen los medios de curarla. Ya desde un principio los rudos y casi salvajes habitantes de la estepa habian hallado el camino recto para atacar el mal. En el momento en que se presentaban los primeros abcesos, los sajaban por completo quemando despues con un hierro candente la herida que se habia abierto. Otros despues de haber profundizado *mucho las heridas al sajar los abcesos las llenaban* de cieno repitiendo con frecuencia esta operacion. En general la enfermedad se trata ahora de un modo mas regular, pero bastante parecido á éste. Con una lanceta abren en forma de cruz los abcesos ó aplican sobre ellos una ventosa tratando despues la herida con cauterios tales como piedra infernal, cantáridas y sal amoniaco, lo cual produce y sostiene largo tiempo la supuracion.

La curacion debe empezar inmediatamente despues de haberse presentado como síntoma del mal el color oscuro de los abcesos, y antes de que el virus de la enfermedad haya llegado á esparcirse por la sangre. Este *sistema aplicado á su debido tiempo* produce infaliblemente un resultado favorable en la cura; pero el restablecimiento completo del paciente se verifica con una lentitud estraordinaria y dura de cuatro á seis semanas y muchas veces aun mas. Hace poco tiempo algunos médicos rusos han empezado á tratar la enfermedad del mismo modo que los habitantes de las estepas, pues sajan el abceso, le dejan desangrarse y cuentan despues la herida dejándola que supure por espacio de algun tiempo. En esta clase de cura no emplean como medicamentos interiores mas que refrescos y purgantes y solo cuando la curacion ha empezado demasiado tarde y se teme que la sangre se halle inficionada en mayor ó menor escala, es cuando se emplean medicamentos enérgicos. En la eleccion de éstos no hay todavía un plan seguro y determinado, sino que se va por decirlo así á tientas; en general los que mas se usan son protocloruro de mercurio, tártaro emético, etc.

Con respecto á la estension que ha tomado esta epidemia es muy difícil saber nada con certeza. Se cree sin embargo que debe haberse presentado ya alguna vez en épocas distintas en casi todas las partes del colosal *imperio ruso; aunque no se han visto casos num erosos* mas que en las estepas de la Siberia, por lo que á esta enfermedad se le ha dado el nombre de peste de Siberia. En las provincias occidentales de Rusia y particularmente en San Petersburgo, parece ser casi completamente desconocida, ó mas bien es de creer que ha pasado desapercibida.

Si esta epidemia no se estendiera á las rosas, dando así nuevos medios de contagio, probablemente se la consideraria ya pronto como completamente vencida, por la absoluta facilidad y seguridad de la curacion; pero con respecto á los medios que deben emplearse para curar á los animales atacados, no se sabe todavía *casi nada*. El *sistema que se ha usado con ellos hasta* el dia que consiste en sajar y quemar los abcesos no ha dado aun ningun resultado favorable, y puede decirse que la mayor parte de las veces no queda mas medio que matar lo mas pronto posible á los animales atacados, enterrarlos y hacer así que por lo menos no sean perjudiciales.

Es de esperar que en el caso remoto de que, por desgracia la peste de Siberia llegara tambien á la Europa occidental, los médicos de estos países la conocerán suficientemente para poder atacarla, sabiendo cuál es su esencia.

A.

CANTARES.

Para que vean tu luto
Te pones vestido negro;
Yo en el traje no lo pongo
Que ya lo llevo por dentro.

—

Desde que te quiero á tí
Ni un instante dormir puedo
Pues me desvelan los golpes
Que siento dentro del pecho.

—

En la pila del bautismo
Te puso el cura Dolores,
Y en mi corazon mas tarde
Pusiste tú el mismo nombre.

—

El mancebo que me han dicho
Que tambien tu amor pretende,
Ha de ser un envidioso
Que imitarme en algo quiere.

A. P. ROJA.

El 22 del mes pasado ha tenido lugar en Lóndres una gran reunion bajo la presidencia del arzobispo de York, con el objeto de fundar un fondo y una sociedad para la investigacion sistemática de la Palestina. Entre los circunstantes se hallaba Mr. Layard.

La Gaceta de Moscou anuncia, que la villa de Bermont, en Niza, en la cual murió hace poco el gran duque Nicolás, hijo del emperador Alejandro II, y los otro cuatro edificios ocupados por la emperatriz de Rusia y su séquito, han sido comprados por la familia imperial de Rusia, por la cantidad de 8.000,000 de reales.

El monte Matterhorn, uno de los mas elevados picos de los Alpes suizos, se habia juzgado hasta ahora inaccesible por su forma piramidal. El intrépido profesor Tyndal ha logrado en compañía de algunos amigos, llegar á la cima: pero la bajada ha sido tan difícil y *peligrosa, que tres viajeros ingleses han perdido la vida*, entre ellos lord Douglas.

EL SOL DE PERICO.

(CONTINUACION.)

VI.

Ha pasado ya la romería del Cármen celebrada en el *Cristo del Camino* el mismo dia de la Vírgen. Dos años *hace que Anton dirigió en aquella romería los primeros* requiebros á la perlita de Celorio, mientras Perico *veia el sol* tumbado junto á la capilla del Cristo. María oyó aquellos requiebros, como quien oye llover en la apariencia y contestándolos con risas burlonas, aunque cerrando sus hermosos ojos para que en ellos no se revelase lo que su corazon sentia. Anton, que no entendia de cierres de ojos, abrió la boca aquella noche para cantar junto á la casa de su amada, inspirado por no sé qué musa que le abrasaba el corazon, aguzándole el ingenio:

En el Cristo del Camino
se encuentra el monte Calvario;
los judíos son tus ojos,
mi amor el crucificado.

El tio Pepon estuvo para salir con un garrote y hacer una verdadera judiada con aquella inocente víctima de las gracias de su hija.

Ha pasado tambien la romería que en el mismo Celorio se celebra algunos dias despues del que dedica la Iglesia á la gloriosa patrona de la aldea. Dos años hace *que en aquel a fiesta, mientras Perico veia muy des*cans do bailar el *Pericote*, oyó María á Anton, no como quien oye llover, mostrando en sus hermosos ojos la luz de una bella esperanza. Anton, que en los ojos de María vió el cielo abierto, abrió á su vez la boca aquella noche junto á la casa de la niña, para cantar con el aire dulce y melancólico de la danza asturiana y siempre inspirado por la sencilla musa de su propio corazon:

Los ojos de mi María
me dicen, señor San Pedro,
que aunque no me abras la puerta,
ya tengo seguro el cielo.

Añadiendo el estribillo popular del país, que dice:

«Señor San Pedro,
dame las llaves del cuarto
donde está mi amor durmiendo.»

El tio Pepon es el que no pudo dormirse hasta que se fue estinguiendo la voz del mozo, que se alejó, dejando oir un *ixuxu* y cantando todavía con fervor patriótico:

«Señor San Pedro,
¡viva la Vírgen del Cármen,
que yo mi patria no niego! (1)»

Las romerías del Cármen pasaron este año, sin que apareciese en ellas María con su medallita de plata sobre el pecho, su zagalejo fino, su rebocino galoneado de terciopelo, sus flamantes zapatos, y con su chaquetilla adornada de dorados botones sobre el hombro; sin que apareciese en ellas Anton con su montera de vueltas de pana, ni Perico con su aficion á *ver el sol*.

Estamos de luto, paciente lector de destripados cuentos. Ocho dias antes del *Cármen ha* muerto el pobre tio Juan Boñicas consumido por los años, por los trabajos y por los disgustos. Ha muerto con los mismos temores que murió su mujer, la tia Antona, llevando clavada en el alma la espina de que su desgraciado hijo no podia tener buen fin.

Perico se olvidó completamente del sol junto al lecho de muerte de su padre, cuyo cariño, sacrificios y sanos consejos se presentaron á su abandonada memoria, *conmoviendo profundamente* su buen corazon, del que brotaron raudales de amarguísimo llanto. Porque Perico, hasta que hubo perdido á su padre, no supo apreciar lo que su padre valia, en lo cual todos los hijos del mundo se parecen bastante al hijo del tio Juan. Leal, el perro inteligente y fidelísimo, representó el segundo papel en aquel cuadro fúnebre. Sus tristes aullidos lle-

(1) En este cantar no parece sino que la fe de los celorianos en su bendita *patrona*, se ha propuesto echar en cara intencionalmente al santo Apostol, portero de la gloria, la debilidad de haber negado á su divino Maestro. Si esa no ha sido la intencion del cancionero popular asturiano, al menos se maliera fácilmente.

MONTAÑESAS QUE ACUDEN AL MERCADO DE LEON.

garon al alma del tio Pepon, de su mujer y de María, que allí estaba llorosa, despues de haber asistido al tio Juan con la solicitud y el cariño de una hija.

En el fondo de aquel cuadro, recogido entre las sombras del dolor verdadero, apareció una figura negra, que era la pesadilla eterna del tio Pepon. Aquella figura negra era el tio Cuervo, que, como los pájaros de su nombre, buscaba allí con avidez los despojos de la muerte, olfateando á Perico, á quien habia llegado la hora de recoger de una vez los frutos de los sudores paternales.

El tio Cuervo, chato, ojiverde, cargado de hombros, de pelo rojo y entrecano, con la boca torcida y con los labios lívidos por el escesa de la bebida, apareció con cierta espresion de hipócrita tristeza á la puerta de la alcoba. Nadie le sintió llegar mas que Leal, que en aquel momento se levantó, suspendiendo sus lastimeros aullidos, y se dirigió, gruñendo y ladrando irritado, contra aquella especie de ave agorera y de rapiña, que llegaba á profanar el tranquilo y eterno sueño de su amo. Leal presintió, por decirlo así, las desgracias que, para el hijo del tio Juan, venian envueltas en las alas de aquel Cuervo.

El tio Cuervo examinó todo el ajuar de la casa con la mirada vaga de sus estraviados y encendidos ojos de gato montés, y con su chaqueta de paño pardo sobre el hombro y echado hácia atrás el hongo mugriento y de color indefinible, se detuvo, al salir, junto al banco de piedra y dijo, mirando la parra:

—Esta parra empieza á *secase*...—Bien que *pa* las uvas que da!—La parra se secaba en efecto y encogia, falta de jugo, sus brazos, dejando caer sus descoloridas hojas, antes verdes y frescas, como si señalase la hora de su muerte, la última hora de aquel á quien, aun vieja y enferma, habia dado sombra de gratitud.

—Esta *jiguera* se cae sino se *ajuntan* estas piedras, que ya se van desmoronando, continuó el tio Cuervo. Y sería *lástima*, así Dios me salve: que la miel de los *jigos* de esta *jiguera* es capaz de ablandar la mollera de un maestro. ¡Que lo diga el de la escuela de Celorio, que se engulló cada *cestao* con que le untaba el hocico la tia Antona! No hay cosa mas rica, despues de una copa de aguardiente ó de un cuartillejo de sidra. Y, á propósito de sidra, tengo que hablarte de un buen negocio, dijo en voz baja á Perico.

Y poniendo la boca mas torcida de lo que ella estaba naturalmente y arreglando la chaqueta sobre los cargados hombros, se despidió de los parientes del difunto y se alejó preocupado de la casa, no sin haber recibido un zarpazo de Leal, que, además de la zarpa, le hubiera echado de buena gana el diente.

VII.

En vano quiso el tio Pepon, con el auxilio de *don* Rafael el indiano y del señor cura, librar á Perico de las garras del tio Cuervo, que traia á mal traer al muchacho con el anunciado negocio de sidra. El mal aconsejado hijo del tio Juan, con su arraigado vicio capital de *ver el sol* hasta en los dias nublados, redujo á cuartos el ganado, las tierras que no habia de labrar, y los prados que, como las tierras de labrantío, estaban saturados del fecundo sudor de aquel hombre ejemplar que ni un solo dia dejó de humillar su frente ante la dura pero á la vez consoladora ley del trabajo.

El tio Pepon amonestó á Perico con el mas desinteresado y noble fin. Pero el tio Cuervo, mas sagaz, mas elocuente y mas rico de recursos, del peor género, por supuesto; el tio Cuervo, que habia ido á establecerse en Celorio, arrojado, como quien dice, de su pueblo, por ave de rapiña; el tio Cuervo que, en sus ratos de ingenio, de *chispa*, por mejor decir, contaba á los vecinos, para mostrarles la ilustre procedencia de su nombre, el paso de aquel valiente caballero, que al frente de su mesnada y dispuesto á arremeter contra un escuadron de moros, apostrofó á una bandada de cuervos que hambrientos graznaban *sobre su cabeza*, prometiéndoles la panza llena de carne, como lo cumplió abandonándoles los cadáveres moros que despues cubrian el campo; el tio Cuervo, digo, origen de todos los pleitos y querellas que se habian suscitado en el pueblo y autor de la muerte de muchas honras, se dió maña para atraer á Perico, haciéndole ver y creer que lo que queria el *tio Pepon era atraparle para su hija*.

El tio Pepon se vió entonces acosado de frente por su mujer, que le manifestó con energía que, para tapar bocas, era preciso abandonar á su suerte al descastado y *mangollon* (holgazan queria decir) del sobrino, y casar cuanto antes á María con el laborioso criado de don Rafael el indiano, que, puesto por su amo en la vereda de la fortuna, llegaria de *seguro*, con la hacendosa perlita de la aldea, al logro del apetecido bienestar.

El tio Pepon dió, con este motivo, repetidos meneos á su montera, rascándose como nunca la cabeza y abriendo en el bolsillo del chaqueton un agujero de á cuarta de tanto rebuscar tabaco. El resultado de aquella tenaz y profunda cavilacion, fue el arreglo definitivo de la boda de Anton y María, que recibieron llenos de gozo la bendicion del cura, siendo padrinos don Rafael y su señora, quienes regalaron á los novios ropas y otros efectos, que constituyen lo principal del menaje de una casa, cediéndoles además para su cultivo y aprovechamiento un terreno, conocido desde entonces con el nombre de *El robledal de la novia*.

Perico asistió á la boda, bastante triste; pero á la puerta de la iglesia le aguardaba el tio Cuervo, para alegrarle con su gran negocio de sidra.

El negocio de sidra era una empresa en que, segun el taimado tio Cuervo, la misma fortuna les entregaba el único cabello que poseia, con lo cual no habia para que llamar á la empresa descabellada, puesto que era la fortuna la que quedaba completamente calva con aquel sublime rasgo de desprendimiento.

En el negocio de sidra, Perico puso el capital, que representaba una vida entera de sudores y sacrificios, que él no podia apreciar bien, entretenido en tomar la filiacion al sol. El tio Cuervo era el socio de industria que, en el comercio del jugo de manzana iba á hacer el mismo papel que un lobo metido á traficante de ganado lanar.

La conclusion en el próximo número.

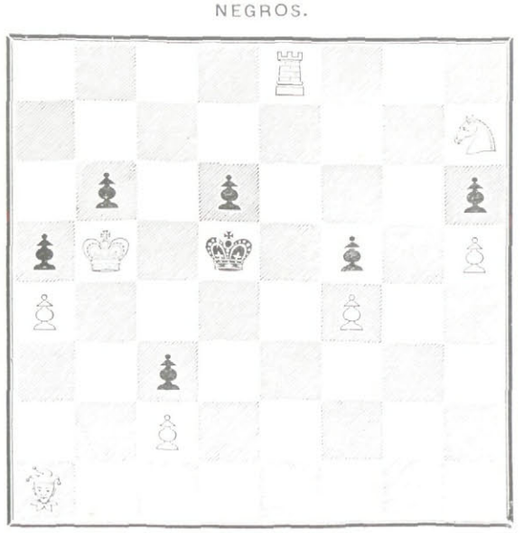
EDUARDO BUSTILLO.

JUEGO DEL AJEDREZ.

PROBLEMA NUM. 26.

COMPUESTO POR D. M. FONTANA (DE LORCA).

NEGROS.



BLANCOS.

LOS BLANCOS DAN MATE EN CUATRO JUGADAS.

SOLUCION DEL PROBLEMA NÚMERO 24 (1).

Blancos.	Negros.
1.° A 8 A R Jaq.	1.° A 2 R
2.° D 7 A D Jaq.	2.° C T D
3.° T. T. P. Jaq.	3.° R 4 A D
4. C 4 T D Jaq.	4. R 5 A D
5.° P 5 D Mate.	

PROBLEMA NÚM. XII.

COMPUESTO POR DON V. L. NAVALON.

Blancos.	Negros.
R 2 T R	R 2 D
D 4 A R	T c A R
T 6 T R	T c C D
A 5 C D	A 5 A D
C 7 A R	P 2 R
P 5 R	P 5 C R
P 5 D	P 4 A R
P 4 D	
P 2 C R	
P 5 T R	

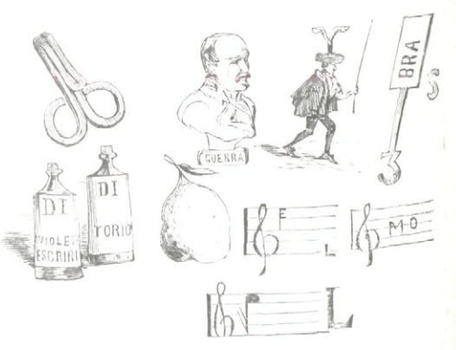
Los blancos dan mate en cuatro jugadas.

(1) La solucion de este problema se anunció equivocadamente en cuatro jugadas.

GEROGLIFICO.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

En llamando al ruin de Roma, luego asoma.



La solucion de éste en el número próximo.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR.
IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES: MADRID, PRINCIPE, 4.